

PARA SER HUMANOS

13 de Octubre de 2019

Evangelio según LUCAS 17, 11-19

Yendo camino de Jerusalén, también Jesús atravesó por entre Samaría y Galilea. Cuando iba a entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez leprosos, que se pararon a lo lejos y le dijeron a voces:

-Jesús, jefe, ten compasión de nosotros.

Al verlos, les dijo:

-Id a presentaros a los sacerdotes.

Mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que se había curado, se volvió alabando a Dios a grandes voces y se echó a sus pies rostro a tierra, dándole las gracias; éste era samaritano. Jesús preguntó:

-¿No han quedado limpios los diez? los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien vuelva para dar gloria a Dios, excepto este extranjero?

Y le dijo:

-Levántate, vete, tu fe te ha salvado.



No siempre somos conscientes, pero vivimos cautivos de una red invisible de barreras y prejuicios tan profundamente interiorizados e institucionalizados que forman parte de nuestro ser. Nos creemos libres, pero ellos nos dictan a quién amar y a quién rechazar, con quién andar y a quién evitar.

Cada uno habita en un «territorio» bien delimitado. Pertenece a una raza, es de un color y un sexo, tiene una patria, practica una religión. Y es tal nuestra necesidad de seguridad que es difícil no considerar al otro como inferior. Nos parece lo más natural: mi raza es superior a otras, mi patria más noble, mi religión más digna que otras creencias.

El sentido de pertenencia es necesario para crecer como personas, pero puede aprisionarnos

dentro de unos muros de ignorancia mutua, rechazo, exclusión e insolidaridad. Se nos puede olvidar que, para ser humanos, no basta ser leal al propio grupo y hostil al diferente. Hace falta algo más.

Ningún investigador lo pone en duda. Jesús puso en marcha un «movimiento de compasión» que tenía como objetivo introducir en la sociedad un «amor no excluyente», una corriente de comunicación y solidaridad que, eliminando barreras y prejuicios, tuviera en cuenta el sufrimiento de los más excluidos.



La compasión es lo primero para ser humanos. No necesita otra justificación. No hace falta fundamentarla en religión alguna. Viene exigida por quienes tienen la máxima autoridad sobre nosotros: «la autoridad de los que sufren».

Según el relato de Lucas, un grupo de leprosos, excluidos social y religiosamente, se detienen a distancia y «desde lejos» le piden a gritos lo que no encuentran en la sociedad: «Ten compasión de nosotros». La reacción de Jesús es inmediata. Hay que acogerlos: nada ha de ser obstáculo para atender a los que sufren.

Son muchos los que sufren hoy en el mundo. Su grito nos llega «desde lejos», desde otras razas y otros pueblos que no son los nuestros. Podemos encerrarnos en nuestras fronteras, pero si no escuchamos su grito, nuestro corazón no es cristiano.

A LOS LEPROSOS

A los leprosos,
que antes del amanecer
se colocan en sus esquinas,
con la palma abierta de las manos.

A las leprosas,
que después del atardecer
rebuscan en sus contenedores,
con el estómago ávido
de los restos del mercado.

A los leprosos,
que antes de saber elegir
quedaron encerrados en sus celdas,
con los pies inquietos,
deseando correr a cualquier lado.

A las leprosas,
que después de poder tener hijos
quedaron recluidas
en un club de carretera,
con el corazón agostado,
convertido en duro callo.

A los leprosos,
que antes de serlo
tenían hogar, tierra, suelo,
ahora guardados en sus recuerdos,
con la cabeza partida
entre su patria
y un futuro incierto.

A las leprosas,
que después de serlo
no tienen nombre,
ni rostro, ni sexo,
ahora convertidas
en fríos números
de los nuevos guetos,
con el pecho vacío,
su aliento marchó
con el sufrimiento.

A ellas y a ellos, leprosos del barrio,
del país, del mundo:

A los ojos de Dios
vuestro cuerpo es un templo,
y la vida que guarda dentro
es lo más digno, sagrado
y puro del universo.

Hay cosas que jamás haríamos a quienes son de los nuestros. Pero la pregunta fundamental es: ¿quiénes son los nuestros? No es en absoluto sencillo responder a esta cuestión; no debería suponerse un "nosotros" cuando el tema es la mirada del dolor de los demás. La "reconocibilidad" no es una cualidad o un potencial del humano, algo que se dé naturalmente, a veces no reconocemos que los demás son portadores de humanidad.

¿Somos responsable de todos los demás, o solo de algunos, y sobre qué base trazaríamos esa línea diferenciadora?" Sabemos cuál es la respuesta que nos da el Evangelio: "*Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o forastero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?*" Jamás veremos si no miramos con perspectiva de prójimo. Y no podremos hacerlo sin salir de la normalidad, romper la cotidianidad, abandonar el camino seguro y mirar con el corazón.



"Mientras el hambre y la guerra masacren poblaciones enteras, mientras los niños sigan siendo las principales víctimas de la barbarie humana, mientras las multinacionales de la muerte se sigan enriqueciendo a expensas de los pobres de este mundo, mientras el fanatismo religioso o radical no dejen un espacio vital a los disidentes y a los indiferentes, mientras la sangre del Tercer Mundo siga regando los surcos de la abundancia del primer Mundo, mientras todo esto ocurra, la creación de Dios exigirá a gritos una recreación"